

## LA CRISIS DE LA MODERNIDAD



H. C. F. MANSILLA

**H**asta los ricos viven ahora peor que los privilegiados de ayer: antes de la Segunda Guerra Mundial los magnates podían gozar en sus villas de los encantos de una campiña más o menos bien preservada y de una atmósfera aún libre de las impurezas modernas; podían ahorrar tiempo y energías mediante sus carruajes y lacayos y sabían gastar su dinero para mostrar ostentosa e inequívocamente su preeminencia social. Hoy, en cambio, los miembros de las élites respiran el mismo aire contaminado que los estratos subalternos, sus automóviles de lujo no pueden avanzar más aprisa que los de los obreros en calles y carreteras atestadas y siempre insuficientes para el tráfico, y sus actos dispendiosos no sirven ya para diferenciarse del estilo de vida de las clases medias.

Por otro lado, la calidad de la vida, sobre todo en el Tercer Mundo, ha bajado sin duda alguna en los últimos decenios, paradójicamente en medio del progreso material y del despliegue más espectacular de los avances tecnológico-científicos en toda la historia de la humanidad.

Los experimentos socialistas iniciados en 1917 —en cuanto los intentos más serios que se han hecho para superar metódicamente el vilipendiado sistema capitalista— duraron largos decenios, y ahora podemos observar que realmente no sirvieron para corregir esos aspectos deplorables que los marxistas consideraron como exclusivos de la sociedad capitalista. Cuando gozaron del poder, los socialistas construyeron élites inmensamente privilegiadas y alejadas del ciudadano común y, simultáneamente, un sistema económico y social signado por el atraso, el estancamiento, el uniformamiento cultural y la represión política.

Por otro motivo parece que la situación actual es mucho más compleja de lo que nos imaginamos. Desde la crisis energética de 1973 se multiplican las voces que señalan las dificultades emanadas tanto de la clásica civilización industrial como de la actual sociedad de servicios, dificultades que no provienen estrictamente del orden sociopolítico o del régimen de propiedad de los medios de producción, sino de la dinámica imparable de crecimiento, utilización de los recursos naturales y sobrecargas ejercidas sobre el medio ambiente.

La modernidad está en crisis. Estamos muy lejos de aquella jubilosa celebración de la era moderna que cantó en 1911 Ernst Troeltsch mediante su hermosa obra *El pro-*

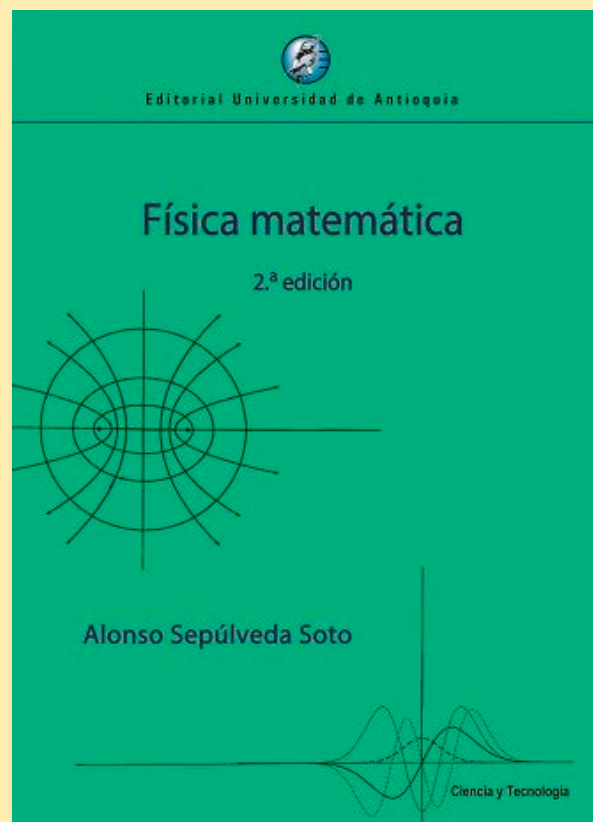
*testantismo y el mundo moderno*: la tolerancia y convivencia pacífica de diversos credos practicados simultáneamente, la separación de la Iglesia y el Estado, el predominio de la razón, el libre examen y su corolario secular, el carácter científico-racionalista de toda la cultura y el optimismo histórico pleno de confianza en el progreso, serían los aspectos positivos de esa excepcional síntesis entre protestantismo y modernidad.

Pero el mismo Troeltsch se percató ya entonces de los elementos deplorables y autodestructivos de este orden. El individualismo racionalista,preciado como el núcleo del sistema, tendía a transformarse en un “relativismo de efectos disolventes y atomizantes”. El trabajo racional y metódicamente disciplinado, con su “previsibilidad y su ausencia de alma”, “su competencia implacable” y su “falta de compasión”, no significaría “ningún amor al mundo”, sino más bien quebrantaría “el impulso de reposo y goce”, se desligaría por completo “de todo compromiso ético” y conduciría al “señorío del trabajo sobre los hombres”.

Basta ver hoy en día las sociedades en las que aún prevalecen credos protestantes: decadencia generalizada de la estética pública, espíritu ferozmente antiaristocrático de las ahora dominantes clases medias, perfección técnica combinada con frialdad total en las relaciones humanas, consumismo grosero barnizado de falso cosmopolitismo, y una larga retahíla de fenómenos similares. A manera de ilustración, es bueno recordar las palabras de Karl Jaspers, un gran protestante: “Los alemanes no viven unos con otros, sino unos al lado de otros”.

El proceso civilizatorio moderno ha privilegiado una actitud fundamentalmente activa, disciplinada, innovadora, es decir, productiva, autocontrolada, agresiva hacia el prójimo y el medio ambiente, centrada en virtudes tradicionalmente consideradas como masculinas, y ha relegado a un segundo plano las cualidades femeninas tales como paciencia, amor, dedicación, empatía... La expansión casi mundial del feminismo no ha modificado sustancialmente esta constelación: las mujeres contemporáneas luchan, en el fondo, por parecerse cada día más a los hombres —en todo sentido: desde la apariencia externa hasta los valores de orientación—, y el clima social claramente más duro ha originado una competencia mayor en las empresas e instituciones, reforzando, de esta manera, el predominio mundial del principio de rendimiento en cuanto norma suprema e indubitable.

Como dirían los moralistas franceses clásicos: la hipocresía de la época actual consiste en un reconocimiento pragmático e interesado del “valor” de los sentimientos: si amamos, es para poder trabajar mejor, y no al revés. Parece que en el ámbito occidental la llamada razón instrumentalista ha estado ligada al exitoso despliegue de un aspecto esencialmente masculino, basado en la división de identidades, roles y labores, y que, virtudes femeninas de carácter altruista y asistencialista, propias de una intersubjetividad práctica, no han podido rebasar el terreno del hogar y la familia. Pero, por otra parte, esta concepción de una lógica primordialmente masculina, fría y dominante, diferenciada de otra femenina, más humana, es algo muy improbable y bastante confuso. Es decir, estamos otra vez en la oscuridad conceptual, lejos de las certezas de Ernst Troeltsch. ■



*Física matemática* cubre en forma detallada los conocimientos requeridos por físicos e ingenieros para entender las leyes fundamentales de la naturaleza y cómo aplicarlas. A lo largo de sus capítulos hace una presentación clara de conceptos, que se describen y profundizan con ejemplos ampliamente pertinentes. Además, plantea un conjunto de problemas y ejercicios que, al ser resueltos, facilita la apropiación de los conceptos estudiados. La introducción se ocupa de los diferentes tipos de coordenadas y propiedades vectoriales. Luego, de manera transparente, aborda las ecuaciones diferenciales, de muy variados tipos, para proseguir con las ecuaciones de la Física Matemática. Muy útiles son las secciones sobre bases ortogonales que preceden a lo que se considera el corazón del libro, la teoría de Sturm-Liouville. El libro termina con las Funciones especiales, las cuales tienen enormes aplicaciones en la Óptica, la Física de Materia Condensada y la Física de Altas Energías, entre otras. Esta obra constituye la base esencial de la matemática que se requiere para abordar los problemas de la Física en todo el espectro, desde la parte más fundamental hasta la más elaborada. Sus tablas y contenidos son una fuente de permanente consulta por parte de personas que trabajan en Ciencias Básicas e Ingeniería. La docencia en Física Matemática tiene en el libro del profesor Sepúlveda una excelente fuente de apoyo didáctico.

Carlos Alberto Duque Echeverri